



Facultad de Derecho (Comillas ICADE)

Las relaciones hispano-británicas durante la Segunda Guerra Mundial

Autor: Jaime Ferrandis Rodríguez

5º Doble Grado en Derecho y Relaciones Internacionales E-5

Tutor: Dr. Nicanor Gómez Villegas

Historia de las Relaciones Internacionales

Madrid | abril 2025

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
RESUMEN	3
ESTRUCTURA.....	4
METODOLOGÍA.....	5
ENFOQUE TEÓRICO	7
1. LA POLÍTICA INTERNA ESPAÑOLA COMO CAUSA DE LOS CAMBIOS EN MATERIA DE POLÍTICA EXTERIOR ENTRE 1938 Y 1944.	8
2. LA LABOR DEL DUQUE DE ALBA COMO EMBAJADOR EN LONDRES DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	24
3. LA EXCLUSIÓN DE ESPAÑA DEL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL.....	38
CONCLUSIONES	43
BIBLIOGRAFÍA.	46

INTRODUCCIÓN

Resumen

En este trabajo se analiza la política exterior española con respecto a Reino Unido durante la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. Entre los años 1936 y 1945 España transitó por un periodo de gran complejidad, lo cual se refleja en los profundos cambios que tuvieron lugar en su acción exterior.

La Guerra Civil llevó a ambos bandos de la contienda a buscar apoyos en el extranjero. El bando nacional encontró respaldo en la extrema derecha europea, recibiendo ayuda militar considerable de la Italia de Mussolini y, sobre todo, de la Alemania del Tercer Reich. Por su parte el Gobierno de la República contó con el apoyo de la Unión Soviética. Si bien contaban también con la simpatía de muchos estados europeos, la política de no intervención planteada por Reino Unido debilitó su situación, ya que el apoyo militar, con excepción del soviético, se limitó a las Brigadas Internacionales. Una vez el bando nacional se proclamó vencedor de la contienda y comenzó la construcción del Estado franquista, la política exterior del gobierno de Franco varió sensiblemente. La situación ya no exigía lograr apoyo militar a cualquier precio, sino desarrollar una política exterior que permitiese la pervivencia del nuevo régimen.

A este cambio en las necesidades españolas se unió el pragmatismo británico, que una vez quedó claro que el bando nacional se imponería en la contienda, inició una política de acercamiento al nuevo régimen con el objeto limar asperezas para defender sus intereses en la península. Debe tenerse en cuenta que en estos momentos el Reino Unido era el principal socio comercial de España, a la que consideraba como un aliado fundamental para mantener el control del Mediterráneo.

Tal y como se estudiará más adelante en este trabajo, a lo largo de la Segunda Guerra Mundial las relaciones entre España y Reino Unido pasarán por muy distintas fases, en función del contexto internacional. En concreto este trabajo tiene por objeto el estudio de los efectos que la política interna de España tuvo en las relaciones exteriores, particularmente con Reino Unido. Si bien la política exterior suele estudiarse atendiendo a los intereses de cada Estado, consideramos crucial tener en cuenta la situación política del gobierno franquista durante esos años, así como el carácter y la ideología de los miembros del Gobierno, para entender los cambios que tuvieron lugar durante este periodo. Por tanto, la pregunta que articula este trabajo

es clara: ¿en qué medida la evolución de la política exterior española durante estos años puede explicarse a partir de factores internos, como la pugna entre personalidades conservadoras, falangistas y monárquicas?

Estructura

A lo largo del segundo capítulo se estudia el modo en que los conflictos internos del régimen franquista condicionaron de forma decisiva la política exterior española durante el periodo comprendido entre 1938 y 1944. Frente a la idea de una línea coherente y estratégica de actuación internacional, el análisis de los cambios de poder en el Ministerio de Exteriores pone de manifiesto cómo las luchas de poder entre las distintas familias del régimen — principalmente falangistas, militares conservadores y monárquicos— determinaron los sucesivos giros diplomáticos del Estado franquista.

Para ello se estudian tres figuras clave de este periodo: Francisco Gómez Jordana, Ramón Serrano Suñer y Juan Luis Beigbeder. Jordana, representante del sector militar monárquico y conservador, ocupó inicialmente la vicepresidencia del gobierno y la cartera de Exteriores. Su nombramiento respondió más a la confianza personal que le tenía Franco que a un intento de equilibrar ideológicamente el gobierno. Su gestión se caracterizó por una postura prudente, favorable a la neutralidad, lo que generó tensiones con Serrano, que, desde el Ministerio de Gobernación, intentaba imponer una política más próxima al Eje.

El enfrentamiento entre Jordana y Serrano culminó con la salida del primero del gobierno en 1939 y el nombramiento de Beigbeder como ministro de Exteriores, un militar de perfil ambiguo, que acabaría estrechando lazos con el embajador británico Samuel Hoare. A lo largo de su mandato, Beigbeder se enemistó con el sector falangista del gobierno, lo cual desencadenó una campaña contra él que le alejó progresivamente del centro de mando y que lo llevó a conspirar directamente con Samuel Hoare, embajador británico, para mejorar su situación y preservar su cargo. Su cese en 1940 supuso la consagración de Serrano como hombre fuerte del régimen, que pasó a dirigir las carteras de Gobernación y Exteriores.

Durante esta etapa, Serrano intentó llevar a España hacia una colaboración más estrecha con el Eje, como se puso de manifiesto en la entrevista de Hendaya y en el envío a la Unión Soviética de la División Azul. Sin embargo, el debilitamiento del bloque germano-italiano y la entrada

de Estados Unidos en la guerra exigió la adopción de una postura ligeramente más cautelosa. La caída definitiva de Serrano llegó tras el atentado de Begoña en 1942, que reflejó la lucha entre tradicionalistas y falangistas por el control del nuevo régimen. Su destitución permitió el regreso de Jordana al Ministerio, lo cual fue interpretado por las potencias aliadas como un gesto de moderación.

Una vez estudiados los cambios que tuvieron lugar en el Ministerio de Exteriores procede analizar otra figura fundamental de este periodo: Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, duque de Alba. El estudio de las relaciones hispano-británicas durante esta etapa hace necesario estudiar el papel del Duque como Embajador la España nacional bando nacional en Londres. Su designación como representante oficioso durante la Guerra Civil fue un gesto hábil por parte de Franco, que elegía a un hombre conservador y estrechamente vinculado al Reino Unido para defender al bando sublevado.

Del mismo modo que la ideología y el talante de los sucesivos ministros de exteriores tuvieron su reflejo en la política implementada desde el Palacio de Santa Cruz, las convicciones personales del duque de Alba jugaron un importante papel a la hora de construir las relaciones entre la España Nacional y el Reino Unido. Conservador monárquico, el Duque no comulgaba con los sectores falangistas del nuevo Estado. Tras el periodo de acusada inestabilidad durante la Segunda República el Duque vio en el levantamiento el fin de los desórdenes y la posibilidad de la restauración de la Monarquía, de la que era un ferviente defensor. Por ello, su defensa de los ideales conservadores no respondió solo a la conveniencia de transmitir dicha imagen al gobierno británico, sino a sus convicciones personales.

Por último, en el cuarto capítulo se hace un breve repaso a las relaciones entre España y el Reino Unido durante el final de la Segunda Guerra Mundial, así como al aislamiento internacional al que se vio sometido el régimen de Franco.

Metodología

En cuanto a la metodología empleada en este trabajo, hemos recurrido principalmente a fuentes secundarias. En primer lugar, para la contextualización del periodo que abarca el trabajo, se han estudiado trabajos académicos sobre la construcción del Estado franquista y sus relaciones exteriores. El propósito de esta revisión ha sido determinar la influencia que las luchas políticas en el seno del régimen tuvieron en la política exterior. En este sentido hemos comprobado que,

si bien la producción literaria sobre las relaciones exteriores durante el franquismo es muy extensa, no siempre se ha prestado suficiente atención al papel determinante que las dinámicas internas del régimen jugaron en los vaivenes de su acción exterior.

Para el estudio general de este periodo se ha consultado la obra de dos autores fundamentales para el análisis de la dictadura franquista: Paul Preston y Stanley G. Payne. Estos autores, consagrados hispanistas, aportan dos puntos de vista complementarios que permiten tener una idea más clara del contexto político del momento. Mientras que Preston se centra en los aspectos más personalistas y autoritarios del Régimen, haciendo énfasis en los estrechos vínculos con la Alemania Nazi y la Italia fascista, Payne aporta enfoque más estructural, tratando de definir la situación de España en el contexto europeo del momento. En su análisis hace hincapié en el carácter antirrevolucionario del Régimen, y lo enmarca dentro de los movimientos autoritarios del siglo XX, separándolo así de los totalitarismos que tuvieron lugar en Italia o Alemania. El estudio complementario de ambos autores permite dilucidar con mayor claridad la verdadera naturaleza del Estado franquista.

En cuanto al estudio concreto de la política exterior ha sido especialmente útil la obra de Javier Tusell, quien ha tratado en profundidad las consecuencias que los sucesivos cambios ministeriales tuvieron en la política exterior. Tusell aporta además un conocimiento profundo sobre la figura de Gómez Jordana, uno de los protagonistas centrales del estudio, y ha sido esencial para contextualizar su situación en el aparato político franquista.

Por otro lado, para el análisis de las distintas personalidades estudiadas en este trabajo, se ha recurrido a obras biográficas, destacado el reciente trabajo de Enrique García Hernán sobre el duque de Alba. Las biografías de Winston Churchill (Andrew Roberts) o Adolf Hitler (Ian Kershaw), han permitido también estudiar la visión que los distintos contendientes del conflicto tuvieron respecto al papel de España.

Por último, han sido especialmente útiles las fuentes primarias utilizadas. El estudio de los cambios en el Gobierno franquista durante este periodo exige analizar las percepciones de cada uno de los actores implicados, con el objeto de entender las motivaciones personales que sustentaban las decisiones adoptadas. En este sentido ha sido especialmente útil acceder a los diarios de Jordana, publicados en el año 2002 bajo el título *Milicia y Diplomacia, los Diarios del Conde de Jordana 1936-1944*. Su redacción como un diario, y no como unas memorias, excluye cualquier motivación política o literaria, y permite conocer con gran precisión los

momentos de fricción entre las distintas familias del régimen, así como su percepción sincera sobre muchos políticos del momento o sus frustraciones respecto a la actuación de Serrano Suñer. La dificultad de encontrar este título en el mercado me llevó a consultar el archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco, donde también pueden encontrarse fuentes primarias de máxima relevancia sobre este periodo. Para estudiar la pugna entre Jordana y Serrano por el control de la política exterior también han sido muy útiles las memorias de este último: *Entre el silencio y la propaganda*. Si bien esta obra contiene la visión de Serrano sobre la política implementada durante estos años, carece de la subjetividad y sinceridad de los diarios de Jordana, dado que estos no fueron redactados con el objeto de publicarse.

En cuanto a las fuentes primarias debe destacarse también la monumental obra de Emilio Sáenz-Francés, *Entre la antorcha y la esvástica: la España de Franco en la encrucijada de la II Guerra Mundial*. Esta obra contiene un exhaustivo análisis de cientos de cartas personales, telegramas y memorándums que aportan una visión completa sobre la política exterior española durante la guerra.

Enfoque teórico

Si bien el presente trabajo tiene una vocación fundamentalmente histórica, resulta necesario enmarcarlo dentro de los enfoques teóricos de las Relaciones Internacionales. A lo largo de estas páginas no se plantea un análisis puramente teórico, ni se pretende encuadrar de forma rígida el comportamiento del Estado franquista en una escuela concreta, pero sí se emplean ciertas categorías y planteamientos que resultan útiles para comprender las decisiones adoptadas por el Régimen entre 1938 y 1944. Con carácter general puede afirmarse que el trabajo parte de postulados tanto del realismo clásico como del constructivismo. La selección de estos marcos teóricos no tiene por objeto ofrecer distintas perspectivas sobre una misma cuestión, sino que responde a la propia naturaleza de los hechos estudiados, que exige estudiar factores estructurales del sistema internacional como elementos internos derivados de la configuración del poder político en el interior del Estado.

La aplicación de la doctrina realista al caso de estudio permite comprender muchas de las decisiones adoptadas por el gobierno de Franco, como los cambios de posiciones de neutralidad a no beligerancia o el intento de obtener ventajas estratégicas sin incurrir en riesgos inasumibles. Un concepto esencial del realismo clásico es el interés nacional, que según esta escuela es el rector de la política exterior. Ahora bien, el interés nacional no aparece como

categoría objetiva e inmutable. A lo largo de este trabajo se pone de manifiesto las disputas entre distintos sectores del Régimen respecto a cuáles eran los intereses de España. Mientras que un sector más moderado y conservador actuaba guiado por el intento de preservar la soberanía del Estado sin verse arrastrado a conflictos de resultado incierto, otro sector interpretaba el interés nacional de forma distinta, considerando que el alineamiento con el Eje podía reportar a España beneficios territoriales y prestigio internacional. Esta es una de las cuestiones que diferencia el presente trabajo de un análisis estrictamente realista: el interés del Estado no se toma como una categoría objetiva y estable, sino como un producto de la correlación de fuerzas internas y de las interpretaciones ideológicas dominantes en cada momento.

Por otro lado, este trabajo también se beneficia de ciertos postulados del constructivismo, corriente que ha puesto el foco en el papel de las ideas, identidades y discursos en la configuración de la política internacional. A diferencia de las corrientes realistas, que asumen que los Estados actúan de forma racional y guiados por cálculos objetivos, el constructivismo insiste en que las decisiones de política exterior están mediadas por creencias, narrativas históricas, y marcos ideológicos que dan sentido a la acción de los actores. Esta doctrina resulta de interés a la hora de analizar el intento de Falange de influir en la formulación de una política exterior germanófila. Esto no solo respondía a un cálculo estratégico, sino a una identificación ideológica con el fascismo, que servía como modelo para la construcción del nuevo Estado. Por ello no puede considerarse esta postura como una mera búsqueda de poder, sino que parte de una visión del mundo que inspira una política determinada.

La figura del duque de Alba también puede analizarse atendiendo a estos parámetros. El estudio de su actuación como Embajador revela hasta qué punto la política exterior puede estar condicionada por elementos identitarios: Alba no solo actuaba como diplomático, sino como aristócrata monárquico convencido, que interpretaba la relación con Reino Unido desde una afinidad cultural y de clase. Su defensa de una imagen conservadora y “respetable” del régimen ante las autoridades británicas respondía tanto a intereses diplomáticos como a una visión del mundo basada en su propia biografía.

1. LA POLÍTICA INTERNA ESPAÑOLA COMO CAUSA DE LOS CAMBIOS EN MATERIA DE POLÍTICA EXTERIOR ENTRE 1938 Y 1944.

A lo largo de este capítulo se analizan los cambios que tuvieron lugar en la política implementada por el Ministerio de Asuntos Exteriores entre 1938 y 1944. En este periodo la política exterior española se vio especialmente condicionada por la política interna, tal y como veremos más adelante. Conviene analizar cuáles fueron las motivaciones que ocasionaron estos cambios en la cúpula del ministerio, pues resulta determinante para esclarecer si la postura española a lo largo del conflicto se basó en una idea clara del papel que España debía desempeñar en Europa, o si por el contrario se debió a una sucesión de enfrentamientos y de lucha entre las distintas familias del régimen. Para ello deben analizarse tres figuras esenciales de este periodo: Francisco Gómez Jordana, Ramón Serrano Suñer y Juan Luis Beigbeder. En las páginas siguientes se analizará su recorrido profesional, su situación dentro de la estructura del Régimen y las causas y consecuencias de sus respectivos nombramientos y ceses.

El 30 de enero de 1938 tuvo lugar un importante paso hacia la construcción del Estado franquista, al suprimirse la Junta Técnica de Estado y constituirse el primer gobierno de Franco. La figura más destaca de este nuevo gobierno fue Francisco Gómez Jordana, conde de Jordana, que asumió la vicepresidencia y la cartera de exteriores. Nacido en 1876, Jordana pertenecía a la generación de militares anterior a Franco, y por lo tanto no se identificaba con los militares jóvenes que habían asumido los postulados de Falange, ni tampoco con aquellos militares conservadores que debían a Franco sus puestos de responsabilidad (Tusell, 1994). Jordana tuvo una brillante carrera militar, participando en la guerra de Cuba y posteriormente en Marruecos, donde fue escalando puestos hasta llegar al generalato.

Un aspecto llamativo de la carrera de Jordana fue la asunción de responsabilidades tanto en la dictadura de Miguel Primo de Rivera como en la de Franco, pese a que no tomó parte en las intrigas y confabulaciones que precedieron a ambas. Fue el miembro más joven del directorio militar de Primo de Rivera, ostentando cargos de responsabilidad en Marruecos, tanto militares como diplomáticos (Rioja, 2016). En 1925 tuvo un papel decisivo en el desembarco de Alhucemas, y participaría posteriormente en la Conferencia de Madrid de 1925 y la de París en 1926. En 1928, ascendió a Teniente General y fue designado Alto Comisario Español en Marruecos, un cargo que anteriormente había ocupado su padre entre 1915 y 1918 (Tusell, 1989).

Tras el advenimiento de la República presentó su dimisión, que Alcalá-Zamora se resistió a aceptar, si bien tras la formación del gobierno de Azaña sufrió una dura persecución por las

responsabilidades que había tenido en la dictadura. En estos años sería expulsado del ejército, declarado culpable de un delito de alta traición y encerrado en prisión en dos ocasiones (Tusell, 1995).

En el bienio radical-cedista se trataron de corregir los excesos antimonárquicos que habían tenido lugar durante el primer bienio republicano, lo que le permitió su readmisión en el ejército. Es interesante señalar que el abogado del General en los procesos a los que fue sometido fue precisamente José María Gil Robles, que se convertiría en líder de la CEDA y jefe de la oposición tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936 (Gómez-Jordana, 2002)

Pese a identificarse como general monárquico y conservador, no tomó parte en la conspiración que llevó al golpe del 17 de julio de 1936, que le sorprendió mientras viajaba a San Rafael con su familia, lo que le permitió evitar ser detenido (y probablemente ejecutado) en Madrid y llegar a Segovia el 30 de julio, poniéndose entonces en contacto con los militares sublevados. Tras un breve periodo al frente del Alto Tribunal de Justicia Militar le fue encargada la Presidencia de la Junta Técnica de Estado, primera institución en la que se organizó el movimiento sublevado, que desaparecería tras la formación del primer gobierno de Franco, antes referido (Tusell, 1989).

La otra figura central del primer gobierno de Franco fue Ramón Serrano Suñer, cuñado del Generalísimo. A diferencia de Jordana, representante del sector militar monárquico y conservador, Serrano pertenecía a la otra familia del régimen, siendo uno de los máximos responsables de Falange durante los años en que estuvo en el gobierno.

Ahora bien, Serrano no había sido uno de los impulsores de la Falange en España, sino que se había incorporado de forma tardía una vez comenzada la Guerra Civil. De ahí que fuera considerado “camisa nueva”, denominación que correspondía a los advenedizos que no habían formado parte de los inicios del movimiento. Pese a no haber tomado parte en los inicios de Falange, entabló relación de estrecha amistad con José Antonio Primo de Rivera en la facultad (Serrano, 1996). Posteriormente aprobó las oposiciones al cuerpo de Abogados del Estado, y destinado en Zaragoza conoció a Ramona “Zita” Polo, cuñada de Franco, con quien contrajo matrimonio en 1932. Cabe señalar que fueron testigos de dicho enlace Franco y José Antonio (Preston, 1994), cuya relación de amistad probablemente le permitió escalar rápidamente puestos en Falange durante la guerra pese a ser un “camisa nueva”.

La entrada de Serrano en política tuvo lugar en 1931, presentándose por la Unión de Derechas de Zaragoza en esta circunscripción. En 1933 volvió a presentarse, esta vez por la CEDA, y consiguió el escaño que revalidó en las elecciones de 1936. La sublevación le sorprendió en Madrid, donde fue detenido y encarcelado en la cárcel Modelo debido a su afiliación política y a sus vínculos familiares con Franco. Tras varios meses detenido logró escapar a la legación de Países Bajos, iniciando un peligroso periplo que le llevaría a Alicante y posteriormente a Francia. Finalmente, el 20 de febrero de 1937 llegó a Salamanca, donde se incorporó a la cúpula del bando sublevado (Serrano, 1977). Tuvo un papel fundamental en la unificación de Falange y el Movimiento tradicionalista, pese a no haber pertenecido inicialmente a ninguno de estos grupos, lo cual le situó en un cargo de especial relevancia para la construcción del Estado franquista.

Las figuras de Jordana y Serrano representan la lucha entre dos sectores de bando nacional por hacerse con el poder. Si bien Jordana carecía de una excesiva ambición personal, al contrario que Serrano, que llegó a considerarse como una figura equiparable a Franco, las tensiones entre ambos ejemplifican las luchas de poder entre dos sectores del Régimen bien definidos. De un lado los militares conservadores, monárquicos e incluso autoritarios, y de otro los falangistas, de ideología revolucionaria y totalitaria. Los difíciles equilibrios que Franco hubo de hacer entre ambos sectores fueron en gran medida lo que le permitieron asentarse en el poder.

Una muestra del carácter conservador y monárquico de Jordana se encuentra en la afectuosa carta que le envió Alfonso XIII con el motivo de su nombramiento como vicepresidente y Ministro de Asuntos Exteriores, la cual transcribo a continuación:

“Querido Paco:

Me conoces hace tiempo y podrás comprender con cuánta satisfacción me he enterado de tu nombramiento para la Vicepresidencia del nuevo Gobierno Nacional y para el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Como he tenido tantas ocasiones para apreciar tus cualidades y dotes, seguro esto de que en tu nuevo y difícilísimo puesto prestarás servicios eminentes a la Patria, que ha sido y es en todos los órdenes tu anhelo, como el de cuantos la amamos con corazón de buen español y a la que consagré sin tasa todos mis afanes y actividades.

Con mis fervientes votos para que se siempre te asista la protección Divina, con saludos a tu familia, te abraza tu affmo.

Alfonso XIII

Esta carta refleja la variada composición de la cúpula del bando sublevado. Inicialmente, y debido a la situación de guerra en que se encontraba España, los cargos de responsabilidad recayeron en militares conservadores con experiencia, si bien posteriormente la unificación del poder en la figura de Francisco Franco elevó a miembros de Falange, que hasta entonces había tenido un papel testimonial en la política española, a puestos de máxima relevancia.

Ahora bien, pese a su condición de monárquico conservador, Serrano señala en sus memorias que el nombramiento de Jordana no se debió a motivos ideológicos sino personales.

“Ni la primera, ni la segunda vez, se le eligió para ese cargo porque representase una ideología determinada o una determinada tendencia internacional, sino porque se le tenía – con razón- por un hombre seguro y, a sus años, desprovisto de ambición”. ²

No se trató por tanto, según Serrano, de un movimiento deliberado por parte de Franco por equilibrar el poder entre los distintos sectores del Régimen, comportamiento por otro lado muy habitual en él, sino por la confianza personal que en él tenía depositada.

La política exterior de Jordana se caracterizó por sus intentos de evitar que España se viese arrastrada a un conflicto europeo. Tal y como señala Javier Tusell (1989), esta postura conservadora, y no fascista, se refleja en la política seguida con objeto de la Crisis de los Sudetes de 1938. El intento de anexión por parte de Hitler de los Sudetes bajo el pretexto de proteger los derechos de la población germana estuvo cerca de provocar el inicio de una guerra continental. En este contexto el gobierno de Burgos proclamó la neutralidad de España en caso de conflicto (Sáenz-Francés, 2009), lo cual molestó especialmente a los italianos, dados los esfuerzos que estaban haciendo en España para lograr la victoria del bando nacional.

¹ Gómez-Jordana Sousa, F. (1936). *Milicia y diplomacia. Diarios del Conde de Jordana, 1936–1944*. Doselles, Burgos, 2002, p. 86.

² Serrano Suñer, R. (1977). *Memorias: entre el silencio y la propaganda, la historia como fue*, p.228

Desde este momento hasta la formación de un nuevo gobierno en septiembre 1939, cesando Jordana en los cargos de Vicepresidente y Ministro de Asuntos Exteriores, tiene lugar un tenso enfrentamiento entre este y Serrano por el poder en materia de política internacional. A lo largo de estos meses Serrano va poco a poco usurpando las labores propias de Jordana, lo cual irritó a este considerablemente, tal y como se refleja en sus diarios:

“Lunes 6 al Domingo 12 de marzo

Semana de lucha enorme para contrarrestar la propaganda tendenciosa y nociva en extremo para nuestra política internacional. Todos mis esfuerzos para lograr que sea yo, como responsable, el que lleve la dirección de la política internacional, son completamente inútiles porque el Ministro de Gobernación, en su desmesurado afán de invadirlo todo y la colección de inconscientes que le rodean, que se atribuyen todas las inquietudes del Movimiento, campean por su respeto sin freno”.³

Jordana arremete contra Serrano en muchas otras entradas de sus diarios, señalando que “su egolatría le daña extraordinariamente”, y definiéndole como un hombre “encantado de sí mismo” (Gómez Jordana, 2002, p.118). Un ejemplo de la intromisión del Ministro de Gobernación en asuntos fuera de sus competencias lo encontramos en la relación que tenía con Ciano, a la sazón Ministro de Asuntos Exteriores de Italia. Serrano viajó a Italia en junio de 1939 para acompañar a las últimas tropas italianas que quedaban en España, lo que le permitió forjar una especial relación con destacadas figuras del régimen fascista. En esta visita pontificó sobre la postura que España adoptaría en caso de un hipotético conflicto europeo, claramente sin la aprobación ni el conocimiento de Jordana, que se quejaba a menudo de estas manifestaciones en público. En Italia Serrano llegó a afirmar que en caso de conflicto “España estará al lado del Eje, porque le guiará el sentimiento y la razón”, alegando que una España neutral “estaría condenada a un futuro de pobreza y humillación” (Preston, 1994, p.413). Estas manifestaciones, que suponen una clara insubordinación y desautorizaban a Jordana, hicieron que tanto los italianos como los alemanes considerasen a Serrano como el hombre del Eje en el gobierno de España.

³ Gómez-Jordana Sousa, F. (1936). *Milicia y diplomacia. Diarios del Conde de Jordana, 1936–1944*. Doselles, Burgos, 2002, p. 116.

Ante estas intromisiones Jordana expuso a Franco las dificultades que estaba encontrando por parte de Serrano para desarrollar debidamente su labor. Sorprende la enérgica protesta que hizo ante el Generalísimo, de la que él mismo da cuenta en sus diarios (p.119), en la que acusa a Serrano de estar dirigiendo una “campaña ególatra y absurda de propaganda (...) dirigidas a preparar el terreno” para hacerse con la presidencia.

Jordana se caracterizó por distanciarse del tono adulator que otros subordinados empleaban con Franco. Debe tenerse en cuenta que, pese a que Jordana era entonces vicepresidente del gobierno, la acusación iba dirigida contra el confidente y cuñado de Franco, que si bien más tarde perdería la confianza de este y sería apartado del poder, entonces era la figura ascendente del gobierno. Queda patente la sinceridad con la que Jordana se dirigía a Franco, ausente en el conjunto de personas que terminaron por rodearle.

En abril de 1939 tuvo lugar la victoria del bando nacional en España, y en septiembre del mismo año, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, dando comienzo un periodo de cambios en la política exterior española. En el enfrentamiento entre Jordana y Serrano resultó claramente vencedor este último, tal y como se desprende de la composición del un nuevo gobierno en septiembre de 1939. El cambio más relevante fue la destitución de Jordana, que abandonaba la cartera de exteriores y la vicepresidencia -cargo que desaparecía, trasladándose sus funciones a la subsecretaría de Presidencia- y pasaba a ocupar un puesto simbólico: la presidencia del Consejo de Estado (Sáenz-Francés, 2009). Resulta llamativa la falta de ambición que siempre mostró Jordana. En la semana previa a la reforma del gobierno manifestó a Franco que él se daba por cumplido y que estaría satisfecho en caso de que se prescindiese de sus servicios, si bien pidiéndole algún cargo que asegurase su desahogo económico (Gómez Jordana, 2002).

Ahora bien, pese a que en sus diarios se muestra aliviado por su cese, cuesta creer que no se sintiese contrariado, pues en la composición del nuevo gobierno vencieron las tesis de Serrano, tal y como refleja en sus diarios:

“En la formación del Gobierno y en la estructura dada al Estado, han predominado las orientaciones de Serrano. Del gobierno han salido los que no eran santos de su devoción: ¡Dios se lo pague! A mi me ha hecho un gran favor

que no sé cómo agradecerle. Su táctica desde que fui nombrado Vicepresidente, que fue la de silenciar o atenuar mi labor y realizar un trabajo de zapa para desplazarme del puesto, ha dado su fruto”.⁴

La influencia de Serrano queda patente en el nombramiento, a propuesta suya de dos ministros. Sustituyendo a Jordana asumió la cartera de exteriores el Coronel Beigbeder, y el General Yagüe fue nombrado Ministro del Aire, ambos falangistas de primera hora. Tal y como señala Paul Preston (1994), este último movimiento refleja la forma de actuar de Franco a la hora de repartir el poder. Yagüe estaba al frente del ejército español al terminar la Guerra Civil, y debido a su creciente influencia en los círculos falangistas trató de neutralizarlo nombrándole ministro del aire, separándole así del mando operativo del ejército, donde podía ser una amenaza.

Según recoge Serrano en sus memorias, Franco se resistió a su propuesta de nombrar ministro a Yagüe alegando que la aviación no tenía una importancia en el ejército que mereciese un ministerio propio, así como que Yagüe no era de su confianza. Serrano señaló que precisamente esa era la razón por la que había que neutralizar la amenaza que suponía, implicándole en las responsabilidades del gobierno (Serrano, 1977). La reacción de Yagüe al ser informado por Serrano de su nombramiento es un ejemplo de los recelos que la concentración de poder en manos de Franco producía todavía en algunos sectores del ejército, sosteniendo Serrano que esta fue su reacción literal:

“Está usted, Serrano, completamente equivocado y metido en una empresa imposible porque con ese hombre (Franco) no se va a ninguna parte: es desleal, desconfiado y aparcero”.⁵

La figura de Beigbeder resulta más difícil de clasificar. Nacido en 1888 era un militar “intelectual”, que se quejaba de la “anemia” cultural del ejército (Tusell, 1994, p.324). A diferencia de la mayor parte de los militares que tomaron parte en la sublevación, que habían desarrollado toda su carrera en España y carecían de experiencia internacional, Beigbeder

⁴ Gómez-Jordana Sousa, F. (1936). Milicia y diplomacia. *Diarios del Conde de Jordana, 1936–1944*. Doselless, Burgos, 2002, p.129

⁵ Serrano, R. (1977). *Entre el silencio y la propaganda*. Barcelona: Planeta, p.232.

destacaba por su trayectoria en el extranjero, habiendo ocupado el cargo de Agregado cultural en embajadas de países tan importantes como Francia, Alemania o Estados Unidos.

No resulta sencillo determinar la visión de Beigbeder sobre la política exterior que debía formular el gobierno, puesto que las personas con las que colaboró en su etapa ministro han dado visiones antitéticas sobre sus motivaciones y posiciones ideológicas. Según Serrano al comienzo de la guerra mundial era un vehemente partidario del eje, lo cual parece coherente teniendo en cuenta que fue propuesto por él para el puesto, o por lo menos como parte de la cuota falangista del gobierno. Ahora bien, Serrano denuncia en sus memorias que a lo largo del conflicto se vio influido por Samuel Hoare y sus colaboradores y que terminó siendo un fervoroso defensor de los aliados (Serrano, 1977).

Según Javier Tusell (1994), esta evolución en su postura no se debió tanto a cuestiones ideológicas, sino a la situación en la que se encontraba en el gobierno cuando Sir Samuel Hoare llegó a Madrid. Al igual que en la etapa Jordana, el periodo de Beigbeder como Ministro estuvo marcado con las tensiones con Serrano respecto a la postura que España debía adoptar en la Guerra. En esta situación, Beigbeder consideró que la defensa de la causa aliada podía ser su baza para frenar a Serrano en su afán de controlar la cartera de Exteriores.

De las memorias de Samuel Hoare sobre su etapa al frente de la Embajada británica en Madrid, *Ambassador on special mission*, destacan las pruebas de la relación de estrecha confianza que mantuvo con Beigbeder, que no dudaba en compartir información especialmente sensible para España o en ponerle al tanto de las tensiones que se estaban dando en el seno del gobierno. A lo largo de las referidas memorias, Hoare relata diversos episodios en los que Beigbeder confabula directamente con él para defender su cargo de las ambiciones del ministro de la Gobernación.

Transcribo a continuación una reflexión ilustrativa de las causas que, Según Hoare, llevaron a Beigbeder a renegar del Eje:

“From the very first interview he and I understood each other. Whatever were our daily problems and disputes, we both detested German tyranny, and all the evil associations of the police state. His was the outlook of a good European who fully realised the threat to European civilisation. The new tyranny, whether

it showed itself in German brutality or in the persecutions of the Falange gunmen, he whole-heartedly detested. At one time, when he was military attache in Berlin, he had been impressed by the overwhelming strength of the German machine. The later developments of German aggression and perhaps also my frequent talks with him, turned what admiration he had then felt into a very definite repulsion”.⁶

En consonancia con lo señalado por Serrano, Hoare se atribuye un papel significativo el cambio de postura de Beigbeder, pero resulta difícil de creer que en tan solo unos meses fuese posible evolucionar de una postura germanófila y totalitaria a la defensa a ultranza de los aliados, si no fuera por la propia situación de asedio que Beigbeder estaba sufriendo, liderada por el Ministerio de Gobernación y basada en una efectiva campaña de propaganda. La situación de enfrentamiento en el seno del gobierno llevó a Beigbeder a actuar de forma manifiestamente poco profesional, abandonando la discreción y el sosiego que deben acompañar a un Ministro de Exteriores para arremeter abiertamente, incluso en conversaciones con representantes de gobiernos extranjeros, contra sus enemigos políticos.

Ante las quejas de Hoare por la actitud hostil que la prensa española mantenía contra el Reino Unido y la causa aliada, Beigbeder le respondió que, pese a que estaba de acuerdo con él, no podía hacer nada para remediarlo, dado que la prensa estaba en manos de Serrano, y por tanto, del Eje. Añade Hoare que tras lograr Beigbeder publicar en un periódico críticas hacia la cobertura germanófila de la prensa “el resultado fue la imposición de una fuerte multa al periódico y una redoblada vendetta contra el Ministro de Asuntos Exteriores” (Templewood, 1946, p.55).

En este contexto Beigbeder optó por tratar abiertamente con Hoare los problemas que estaba sufriendo, llegando a confabular con él para que el Reino Unido adoptase una postura que le permitiese fortalecer su posición en el Consejo de Ministros. En una carta enviada el 27 de septiembre de 1940 a Lord Halifax, a la sazón Ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, le narró una conversación que mantuvo con Beigbeder, a petición de este, en la que el ministro español expuso la situación en el seno del gobierno y le pidió abiertamente su colaboración (Templewood, 1946).

⁶ Templewood, S. J. G. H. (1946). *Ambassador on special mission*. London: Collins, p.50.

En esta conversación Beigbeder se mostró convencido de que la política exterior de España estaba cerca de cambiar, y que lograría imponerse a Serrano en las semanas venideras. Ante la petición de Hoare de que concretase de qué forma podía el Reino Unido ayudar a evitar la entrada de España en la guerra, Beigbeder abogó por una campaña en la opinión pública. Manifestó que la forma más conveniente de hacerlo sería mediante retransmisiones de la BBC en español en la que se informase sobre la ayuda que el Reino Unido estaba prestando a España en la desastrosa situación de la posguerra. Beigbeder también propuso que se emitiese algún comunicado amable sobre las Relaciones del Reino Unido con España. Puso de manifiesto que Alemania terminaría por ofrecer a España Gibraltar y el Marruecos francés, y que por lo tanto el Reino Unido debía ser más explícito en sus manifestaciones favorables hacia el régimen de Franco. En esta conversación se hace visible la acertada visión de Beigbeder sobre la principal baza que el Reino Unido debía jugar para que España se mantuviese fuera de la guerra: el aseguramiento de la supervivencia del régimen. El Reino Unido no podía ofrecer a España las ganancias territoriales que Alemania ofrecía, por lo que las declaraciones británicas debían ir dirigidas a manifestar la complacencia, aún forzada por las circunstancias, respecto al régimen español.

Si bien años más tarde, ante el avance aliado, un importante sector del gobierno compuesto por militares abogó por un cambio de postura que permitiese la supervivencia del Régimen tras la guerra, resulta llamativo que Beigbeder apostara por esta vía a finales de 1940. Debe tenerse en cuenta que en estas fechas Francia estaba dividida en dos zonas (una colaboracionista con los alemanes, conocida como la Francia de Vichy, al frente de la cual estaba el mariscal Pétain, y otra ocupada por el Tercer Reich) y Londres estaba bajo el asedio de la Luftwaffe, con el objeto de preparar la invasión de las islas británicas. Ya sea por conveniencia personal o por convicciones, Beigbeder se adelantó a los tiempos al entender cuál podía ser la forma de evitar la entrada de España en el conflicto.

En septiembre de 1940 Serrano viajó a Berlín para conocer a Hitler y negociar la hipotética entrada de España en la guerra. Pese a que Serrano es considerado como uno de los principales partidarios del Eje en el Gobierno de España, con fundados motivos para ello, no causó buena impresión ante los alemanes (Sáenz-Francés, 2009), quienes consideraban injustificados las exigencias solicitadas por España para tomar parte activa en el conflicto. Este viaje de Serrano muestra hasta qué punto el Ministro de Asuntos Exteriores había perdido toda influencia en la

formulación de la política que España debía adoptar con respecto al Eje. Tal y como se ha señalado con anterioridad, Beigbeder ya se había convertido en confidente de Sir Samuel Hoare, prescindiendo totalmente de la profesionalidad y la discreción que deben guiar el comportamiento de un ministro del gobierno. Además de sus cambios de postura en materia política se ha defendido que la salida de Beigbeder del Ministerio pudo deberse a su condición de “mujeriego inveterado” (Payne, 1987, p.287). Esta tesis no parece ser inverosímil, pues ya en noviembre de 1938 Jordana da cuenta en sus diarios de una llamada de atención que Franco hizo a Beigbeder para prevenirle sobre cierta amiga suya que pertenecía a los servicios de inteligencia británicos (Gómez Jordana, 2002).

El 16 de octubre de 1940 Beigbeder fue sustituido por Serrano en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que conservó también la cartera de Gobernación, consolidando así su posición como hombre fuerte del Régimen (Preston, 1994). Desde su llegada al Ministerio Serrano se enfrentó a un panorama internacional marcado por las victorias militares del Eje. La caída de Francia en junio de ese año, así como la entrada de Italia en el conflicto, dejaron a España en una posición delicada, ya que debía equilibrar su dependencia ideológica y material del Eje con la necesidad mantenerse fuera del conflicto.

Al poco tiempo de hacerse Serrano con la cartera de Exteriores tuvo lugar la entrevista en Hendaya, que dio lugar a tensiones entre los gobiernos de Alemania y España por las contrapartidas que este último exigía para intervenir en el conflicto, que no solo consistían en un ingente apoyo material, sino también en importantes ganancias territoriales en África. Hitler declaró entonces que no podía ofrecer tales garantías sin enemistarse con la Francia de Vichy, que consideraba como un aliado esencial en esos momentos, por lo que declaró que dejaba el tema abierto para “después de la victoria” (Serrano, 1977, p.296).

Hitler y Ribbentrop insistieron en firmar un protocolo secreto que asegurase la entrada de España en la guerra cuando Alemania lo estimase oportuno, pero Franco y Serrano optaron por retrasar cualquier tipo de obligación vinculante, y solamente firmaron un protocolo por el que España se adhería al Pacto Tripartito (alianza de carácter defensivo entre Alemania, Italia y Japón) y a entrar en guerra contra Gran Bretaña en la fecha pactada con Francia e Italia en negociaciones posteriores. Se logró de esta forma evitar un compromiso definitivo a la entrada de España en la guerra (Payne, 1987).

La invasión de la Unión Soviética por parte de Alemania lanzada el 22 de junio de 1941 dio a España la oportunidad de limar asperezas, dadas las tensiones que habían tenido lugar al plantearse en Hendaya la entrada en la guerra. Al día siguiente del comienzo de la invasión, a propuesta de Serrano, el Consejo de Ministros decidió enviar una unidad española para contribuir al esfuerzo bélico del Eje. Se produjo una discusión entre el General Varela y Serrano sobre la forma en que tal ayuda militar debía ser prestada. Mientras que el primero consideraba que debía tratarse de una unidad regular del ejército, Serrano abogó por enviar una fuerza de voluntarios, si bien liderada por mandos militares. Se impuso la visión de este último, logrando así congraciarse con los alemanes, pero logrando aplacar ligeramente las reacciones que este apoyo iba a tener en Gran Bretaña (Sáenz-Francés, 2009).

A lo largo de los meses siguientes la entrada de Estados Unidos en la guerra y el estancamiento del frente oriental mejoraron significativamente la situación de los aliados. A menudo se ha presentado la salida de Serrano como una apuesta de Franco para cambiar el rumbo de la política exterior española, pero, tal y como se ha venido argumentando a lo largo de las páginas anteriores, los cambios en la política exterior estuvieron motivados por cuestiones de orden interno. El cese de Serrano no es una excepción, tal y como se desarrolla a continuación.

Con objeto de analizar la salida de Serrano del Gobierno y el cambio para la política exterior que supuso la vuelta de Jordana al Ministerio de Asuntos Exteriores hemos de tratar el atentado de Begoña, que supone un claro ejemplo de la forma en que la política interior española y la necesidad de Franco de equilibrar el poder de cada una de las familias del régimen fueron decisivas en la política exterior española.

El 16 de agosto de 1942 se celebró en Begoña, Vizcaya, una misa en honor a los requetés caídos durante la Guerra Civil, en la que estuvieron presentes altos cargos del gobierno que comulgaban con la ideología tradicionalista: el General Varela, a la sazón Ministro del Ejército, el General Vigón y el subsecretario de Gobernación, Antonio Iturmendi (Sáenz-Francés, 2009). Al finalizar la ceremonia se lanzaron consignas tradicionalistas y vítores a favor de la Monarquía, sosteniendo algunos autores que también se escucharon insultos hacia el Generalísimo, lo cual fue considerado por un grupo de falangistas como una provocación.

Si bien la historiografía general ha considerado que se trató únicamente de un acto emotivo en el que los tradicionalistas reivindicaron su relevancia en el Nuevo Régimen, los sectores

próximos a Falange trataron de presentar estos sucesos como una subversión en contra de Franco y el sector falangista. Serrano recoge en sus memorias que se trató de una manifestación organizada, en la que se mostró la oposición al socialismo de Estado y se reclamó el retorno del rey legítimo, escuchándose incluso gritos de *¡Muera Franco!* (Serrano, 1977, p.365). Serrano va aún más lejos en sus insinuaciones, sosteniendo que la reacción de los falangistas fue una respuesta a la agresión que sufrieron dos de ellos, si bien la mayor parte de las fuentes omiten este hecho.

Ante esta actitud de los participantes del acto un grupo de falangistas lanzó dos bombas de mano hacia los asistentes, dejando un centenar de heridos. El explosivo fue arrojado por Juan Domínguez, inspector nacional del sindicato de estudiantes, que estaba acompañado por jóvenes falangistas de distintas partes del territorio nacional (Marquina, 2014). Al tener conocimiento del acto de conmemoración de los requetés caídos que iba a tener lugar en Begoña, este grupo se desplazó armado al lugar de los hechos, quedando claro que el conflicto fue en cierto modo premeditado, pese a que los sectores falangistas del régimen tratasen de restarle importancia alegando que se trató de un conflicto derivado de la tensión del momento.

El incidente, lejos de ser un evento aislado, culminó meses de tensión acumulada entre los falangistas, que buscaban una mayor “fascistización” del régimen, y los sectores tradicionalistas, más conservadores y monárquicos, que rechazaban esa agenda revolucionaria y el predominio de la Falange.

La reacción al atentado por parte del ministro del Ejército fue inmediata y contundente, negando que se tratase de una agresión casual y señalando a la Falange como responsable de un ataque contra el ejército. El sector militarista y conservador del régimen vio en este momento su oportunidad de acabar con Serrano y con la influencia de Falange en el gobierno. Para ello se puso de manifiesto que se trataba no solo de un atentado en contra de los tradicionalistas, sino contra el Ejército, y Varela trató de presentarlo como un atentado hacia su persona (Payne, 1987). Se enviaron mensajes a todos los gobernadores civiles del país, informando que había tenido lugar un atentado contra el Ejército promovido por potencias extranjeras (Marquina, 2014).

Varela exigió a Franco que se tomaran medidas drásticas contra los responsables, destacando la vehemencia con la que formuló sus demandas. Durante los primeros días tras el atentado

Franco adoptó una postura conciliadora, alargando su estancia en Galicia, y manifestó públicamente cuan necesaria era la unidad del Ejército y Falange (Tusell, 1995). Destaca también en esta crisis la actitud de Serrano, quien solía actuar rápido y sin miramientos. Cabe pensar que dada la gravedad de la situación percibió la fragilidad de su situación en el gobierno, encontrándose asediado por el sector reacio a Falange, por lo que esperó a ver como se desenvolvía la situación.

La contundente reacción por parte del sector tradicionalista molestó a Franco, que poco después de los hechos transmitió a Serrano su malestar ante la actitud de Varela, que trataba de enfrentar al Ejército con Falange (Serrano, 1977). La hostilidad de Varela alcanzó niveles ciertamente inusuales, dirigiéndose a Franco en términos tan agresivos que debieron alarmar gravemente al dictador. Para concebir el alcance que tuvo el conflicto entre ambos resulta esclarecedor transcribir la conversación que mantuvieron ambos, recogida en *Tensiones militares durante el franquismo* y citada por Sáenz-Francés:

“Pero ya veo el plan en el que estas, mi general. Te he escuchado estos días tus discursos y no has tenido una palabra de consuelo para estas pobres víctimas, todos ellos obreros, y muchos de ellos muy graves, que probablemente morirán, entre ellos una madre de doce hijos y un soldado que estaba allí para visitar a la Virgen y que perderá una pierna; pero nadie ha tenido una frase para ellos ni una condenación para los criminales asesinos sino que tú, por el contrario, los has maltratado hablando de posiciones y de banderías, y eso no es justo, mi general; esta no es la contestación adecuada, todo ello para decir en nombre de una revolución que tú proclamas, cuando tú sabes muy bien, mi general que soy cincuenta mil veces más revolucionario que tú, pero en revolucionario consciente y en responsabilidad y por lo tanto, no podré estar nunca con estos criminales y asesinos”.⁷

Ante estas insinuaciones no cabe duda de que Franco consideró intolerable la insubordinación, y no tuvo más remedio que destituir a Varela y a Galarza. Ante el golpe que esto implicaba para los conservadores y tradicionalistas, Carrero Blanco, secretario de la Presidencia del

⁷ Sáenz-Francés, E. (2009). *Entre la Antorcha y la Esvástica: Franco en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Actas, p.256.

Gobierno, propuso a Franco el cese de Serrano, de forma que la respuesta a la crisis fuese equilibrada y no fomentase la reacción de una de las dos familias en conflicto (Preston 1994). Franco lo consideró oportuno y comunicó a Serrano su decisión en una reunión en el Pardo, “nervioso, con mucho movimiento lateral de ojos, y muchos rodeos” (Serrano, 1977, p.371). La salida de Serrano del Gobierno implicó su total abandono de la actividad política. No volvería a ejercer cargos públicos, ejerciendo hasta su muerte como abogado en el sector privado.

A menudo se ha planteado que el cese de Serrano estuvo motivado por la necesidad de un cambio de rumbo en la política española, si bien el desarrollo de los acontecimientos tras el atentado de Begoña prueba que el cambio se debió únicamente a razones de política interna. A pesar de la evidente germanofilia del ministro, que había alineado parcialmente a España con las potencias del Eje, para 1942 la posibilidad de una intervención española en la Segunda Guerra Mundial había desaparecido casi por completo. La ofensiva alemana en el frente oriental y la entrada de Estados Unidos en la guerra habían cambiado las prioridades estratégicas tanto de los aliados como del propio Franco, quien buscaba ahora mantener la neutralidad de España para asegurar la supervivencia del régimen (Payne, 1987).

Tras el cese de Serrano, Franco nombró en su lugar a Jordana. En sus diarios este relata la pesadumbre que le produjo su reentrada en el gobierno. Según relata Jordana, Franco le informó que originariamente había pensado en él como Ministro del Ejército, pero su experiencia en la cartera de exteriores le convertía en la mejor opción (Gómez Jordana, 2002).

Pese a que las fuentes oficiales se preocuparon mucho de señalar que el cambio ministerial no implicaba cambios en la política exterior, las potencias extranjeras no lo entendieron así. Tal y como recoge en sus memorias, Samuel Hoare consideró la llegada de Jordana como una oportunidad para lograr objetivos del británico en la península. Hoare percibió a Serrano Suñer como un personaje controvertido, cuyas inclinaciones pro-Eje y su fuerte afinidad con la Falange representaban una amenaza para la neutralidad española. Hoare describe a Serrano como egocéntrico, desconectado de las realidades diplomáticas y carente de apoyo dentro de su propio gobierno. Según el embajador, Serrano usó su posición de poder para promover sus propias ambiciones políticas (Templewood, 19469).

El nombramiento de Jordana fue recibido con alivio por el Reino Unido. Hoare describió a Jordana como un militar moderado, pragmático y profundamente conservador, cuyas prioridades estaban más alineadas con la neutralidad que exigían las circunstancias. En contraste con Serrano, Jordana tenía un enfoque diplomático más flexible y una actitud conciliadora hacia los aliados, especialmente Gran Bretaña. Su llegada al Ministerio de Asuntos Exteriores tuvo lugar en un momento crítico en la guerra, ya que los aliados preparaban su ofensiva en África del Norte, y era crucial asegurar que España no se inclinara hacia el Eje.

2. LA LABOR DEL DUQUE DE ALBA COMO EMBAJADOR EN LONDRES DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En este capítulo se analiza el papel de Jacobo Fitz-James Stuart, duque de Alba, como representante del bando nacional en Londres durante la guerra civil española, y posteriormente como embajador oficioso durante la Segunda Guerra Mundial.

Procede en primer lugar referirse a algunos datos biográficos del Duque con el objeto de aclarar su posición en el panorama político español. Tal y como se ha señalado en el capítulo anterior, durante la década de los años 30 todo el espectro político hubo de tomar parte por uno u otro bando en la contienda civil, lo cual no debe impedirnos analizar cuidadosamente las ideas políticas de ciertas personalidades. Tal y como se verá a continuación, si bien el duque de Alba confió en Francisco Franco como la solución a los problemas de España, personalmente debemos considerarle como un monárquico conservador, tal y como era de prever teniendo en cuenta su ascendencia.

Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó nació en el palacio de Liria el 17 de octubre de 1878 en una de las familias aristocráticas más importantes de España, hijo de Carlos, XVI duque de Alba, y de Rosario Falcó, perteneciente a otra importante familia de la aristocracia. Su filiación condicionó totalmente su vida, al pertenecer a la última generación de aristócratas europeos del siglo XIX, que, si bien tratarían de mantener su posición, encontrarían en el primer tercio del siglo XX el ocaso de sus modos de vida (García Hernán, 2023).

Desde muy joven recibió una formación cosmopolita. Cursó sus estudios primarios en el colegio de los jesuitas de Vaugirard, en París, y el bachillerato en Madrid. En 1894 sería enviado a estudiar al Reino Unido, en el colegio jesuita de Beaumont. Esta etapa es de vital importancia en su vida, puesto que lo integrará plenamente en la vida social y aristocrática

inglesa. Debe tenerse en cuenta que Fitz-James Stuart era también duque de Berwick, heredero de un linaje descendiente de los Estuardo (Orlandis, 2002). Su ascendencia social, así como las largas etapas en las que residirá en Londres a lo largo de su vida, serán de enorme utilidad cuando recaiga sobre él la responsabilidad de representar a la España Nacional en calidad de embajador.

Ilustra su prominente posición social en la Inglaterra de su tiempo la sucesión de selectos eventos a la que fue invitado desde muy joven. En verano de 1901 fue invitado al Castillo de Balmoral por Eduardo VII, junto a otros treinta representantes de la nobleza y la clase dirigente británica. Ese mismo verano, en el castillo escocés de Dunnobin, trabaría amistad con Winston Churchill, entonces un joven corresponsal, soldado y aventurero recién llegado de Cuba, donde había cubierto la guerra española (Orlandis, 2002). Este contacto, así como muchos otros que tienen su origen en esta etapa de juventud, le serían de gran ayuda décadas más tarde.

Su incursión en política tuvo lugar en 1903, siendo elegido diputado por Lalín como miembro del partido maurista. El duque de Alba será diputado sin interrupción hasta 1916, año en el que fue nombrado senador por derecho propio. De estos años cabe destacar otro encuentro con Churchill, entonces Primer Lord del Almirantazgo, que vino a España con el pretexto de un evento deportivo. El matrimonio Churchill sería recibido en Liria, y pasaría unos días en compañía del duque de Alba y otros aristócratas españoles. De este encuentro nos ha llegado una foto de ambos en un partido de polo en la Casa de Campo de Madrid (García Hernán, 2023)



Fuente: Wikipedia

El primer papel verdaderamente relevante del duque de Alba en política llegará en 1930 cuando fue ministro de Instrucción Pública y de Estado en el gobierno del general Dámaso Berenguer. Tras la dimisión de Miguel Primo de Rivera Alfonso XIII mandó formar un nuevo gobierno el 28 de enero de 1931, en un claro intento de retornar cuanto antes al régimen constitucional. Para ello se valió de nobles y personalidades en los que tenía una estrecha confianza. La reacción de Alba a la llamada del rey da muestra de su condición de monárquico convencido, al manifestar, en relación con el servicio de su casa a la Monarquía, que “son cientos de años de una conducta que no puedo interrumpir” (Hernández, 2019).

Durante este gobierno tendrá lugar la sublevación de Jaca, tras la cual se fusilará a los golpistas. El duque de Alba sería procesado tras el advenimiento de la república por estos hechos, si bien tras la amnistía de 1934 vuelve a la vida pública y comienza a militar en un nuevo partido: Renovación española.

Tras las elecciones de 1936, el 12 de junio viajó a Londres para pasar allí algunos meses, huyendo del agitado clima político que se vive en España. El inicio de la Guerra Civil le sorprenderá allí, si bien la elección de este verbo quizá no es del todo acertada. A día de hoy

no se ha llegado a aclarar plenamente el papel del duque de Alba en los inicios del golpe. Si bien algunos autores niegan que tuviese algo que ver en todo este asunto, él mismo se atribuiría años más tarde la responsabilidad de haber fletado el avión *Dragon Rapide* que transportó a Franco desde Canarias a Marruecos. Así lo dejó escrito en los apuntes de una conferencia que iba a pronunciar en Londres en 1948, que finalmente Franco no le permitió impartir:

“Ante la angustiosa situación del país, el cuerpo de oficiales con gran sigilo fue preparando otro movimiento para poner término a la desastrosa angustia nacional (...). Para ello fletamos en Londres, y digo fletamos porque tomé parte en ello, un avión con piloto inglés, quien para despistar fue con una hija suya y una amiga a Canarias”.⁸

Queda claro por tanto que algo tuvo que ver en este asunto, si bien no resulta sencillo dilucidar cuál fue su papel más allá de la gestión del *Dragon Rapide*. En los años venideros, una vez abandonadas sus responsabilidades políticas, se preguntaría qué fue lo que le llevo a dar ese paso en favor del bando sublevado. En su correspondencia con familiares y amigos trataría de aplacar su conciencia, justificando que ese movimiento lo hizo por la angustiosa situación de España, y eliminando cualquier responsabilidad personal en el estallido de la guerra civil y la posterior dictadura (García Hernán, 2023).

Tras varios meses actuando en Londres de forma no oficial, como representante del bando sublevado, el duque de Alba sería nombrado en mayo de 1937 jefe de la delegación oficiosa del Gobierno Nacional en Gran Bretaña. Da prueba de su condición de monárquico leal a Alfonso XIII el hecho de que pidiese su aprobación para ejercer tal cargo una vez Franco se lo propuso. Estando el duque en Sevilla, Franco le solicitó que viajase a Londres lo antes posible, con el objeto de defender allí la causa nacional. Antes de aceptar el encargo, Alba escribió una carta al rey, en la que le informaba de que el Generalísimo le había pedido defender “nuestra causa” en Inglaterra, tratando así de obtener su aprobación. La respuesta de Alfonso XIII a esta información da muestra de la confusión ideológica en que estaba sumido el bando nacional durante los primeros años de la contienda civil:

⁸ García Hernán, E. (2023). *Jacobo: El duque de Alba en la España de su tiempo*. Ediciones Cátedra, Madrid, p.237.

“No quieren comprender que lo que España quiere es orden y que no somos fascistas, y que si Inglaterra desde el principio no hubiese aparentado apoyar la violación, asesinato y robo, en alabanza su nombre estaría en todas las bocas y no habría adjetivos bastantes para alabar su conducta”.⁹

Estos comentarios por parte del rey dan cuenta de la muy distinta filiación política de las distintas familias del “régimen”. Mientras que el sector falangista vio en el fascismo italiano y el nazismo alemán un ejemplo y una oportunidad de alcanzar una posición de poder en un nuevo orden mundial europeo, el sector monárquico se veía más identificado con una monarquía parlamentaria como Gran Bretaña, pese a los reproches que pudieran hacerse por su inacción durante la Segunda República, tal y como expresa en estas palabras Alfonso XIII.

Esta imagen conservadora es precisamente la que el duque de Alba trató de trasladar a sus interlocutores británicos, alegando que el bando sublevado no debía ser considerado como un grupo de combatientes al servicio de Alemania e Italia, sino como monárquicos y tradicionalistas defendiendo su sistema político frente a los peligros comunistas. En esta línea, cuando en 1938 Franco suprime la Junta Técnica de Estado y constituye su primer gobierno, Alba tratará de restar relevancia a la preponderancia de políticos falangistas, llegando a decir a un alto funcionario del Foreign Office que la influencia de Falange desaparecería una vez terminada la guerra (Avilés, 1996).

Debe tenerse en cuenta que en estos momentos la embajada de España en Londres representaba al Gobierno de la República. Tras el golpe de estado gran parte del personal diplomático había desertado de sus puestos, cuando no saboteando las relaciones entre la república y los Estados ante los que estaban acreditados. En el mes siguiente al alzamiento la mayor parte de los diplomáticos españoles en Londres dimitieron, incluyendo al embajador, Julio López Oliván, y varios de ellos se sumaron al grupo de representantes diplomáticos del bando sublevado.

Ante esta situación el gobierno republicano nombró Embajador a Pablo de Azcárate, prestigioso diplomático que ayudaría a trasladar al gobierno inglés una imagen liberal de la República. Azcárate había sido desde 1934 secretario general adjunto en la Sociedad de

⁹ García Hernán, E. (2023). *Jacobo: El duque de Alba en la España de su tiempo*. Ediciones Cátedra, Madrid, p.298.

Naciones, y era considerado como un representante del republicanismo democrático. Con su nombramiento se trataba de suplir con una figura de peso la evidente falta de apoyos que la república tenía entre personal diplomático en el extranjero (Moradiellos, 1996).

Al poco tiempo de iniciar el duque de Alba su misión en Londres, sus contactos en las altas esferas británicas se mostrarán verdaderamente útiles. Solo unos días después de su llegada acude a casa del marqués de Londonderry, amigo suyo de tiempo atrás, donde tendrá la oportunidad de hablar con el rey Jorge VI durante tres cuartos de hora. A lo largo de esta conversación Alba le transmitirá la inquietud del gobierno nacional por la injerencia extranjera, al tiempo que aseguraba que ningún súbdito británico había sido fusilado. Aprovechó también para asegurar la falta de ambición del bando sublevado con respecto a Gibraltar, explicando que la protección del Estrecho no debía considerarse como una amenaza a los británicos. Ante la preocupación del monarca inglés por el régimen que habría de instaurarse en España tras el conflicto, Alba dio muestra de su talante monárquico y manifestó que confiaba en una restauración en la figura de don Juan (García Hernán, 2023).

La misión de Alba en Londres pronto se traducirá en logros concretos. Si bien todavía no había recibido el reconocimiento oficial por parte de las autoridades británicas, en noviembre de 1937 Sir Robert Hodgson fue enviado a Salamanca como representante ante el bando sublevado. No se establecieron relaciones diplomáticas, pero se institucionalizaba la comunicación entre ambas partes (Avilés, 1996).

A lo largo de este periodo Alba contará con un poderoso aliado en el Palacio de Santa Cruz: el Conde de Jordana, Ministro de Exteriores. Tal y como hemos estudiado en el capítulo anterior, Jordana era partidario de unas relaciones con Gran Bretaña lo menos conflictivas posibles, frente a otros elementos del gobierno que veían oportuno abandonarse en los brazos de Alemania e Italia. La labor de Alba en Londres contará con el pleno respaldo de Jordana, que tendrá una relación mucho más fluida con el duque que los ministros posteriores, tal y como se verá más adelante.

El avance del bando nacional que tendría lugar durante los meses siguientes mejoraron significativamente su estatus, en detrimento del embajador de la España republicana, Pablo de Azcárate. La creciente influencia de la Unión Soviética en el bando republicano distanció

progresivamente a los británicos de su causa. Así lo expresaría Azcárate en una carta a un periodista.

“Por lo que respecta a Gran Bretaña, uno de los motivos de esta política ha sido, sin duda, la creencia, profundamente arraigada y difundida hasta muy recientemente en la opinión pública británica, de que la victoria de la república no significaba ni más ni menos que el establecimiento de un régimen comunista que colocaría a España bajo el control directo e inmediato de Moscú”.¹⁰

Esta desafección por la causa republicana entre la clase dirigente británica sería decisiva para el mantenimiento de su postura de no intervención, que, dado el apoyo de Alemania a Italia al bando nacional, suponía en la práctica la condena a la República. Finalmente, tras las victorias de los sublevados en Cataluña, el gobierno británico reconocería al duque de Alba como embajador el 27 de febrero.

Durante unos meses la situación diplomática española resultaría relativamente cómoda, siendo cultivada por naciones de muy diverso corte político. La victoria definitiva del bando sublevado evidenció la necesidad del gobierno británico de entablar relaciones amistosas con España, sobre todo teniendo en cuenta el ambiente pre-bélico que se respiraba en Europa. Debe tenerse en cuenta que Gran Bretaña era entonces el mayor inversor extranjero en España, además de tener intereses estratégicos fundamentales en la península, especialmente en Gibraltar.

Es en este contexto en el que deben enmarcarse las aproximaciones por parte del gobierno británico a España para enmendar los agravios habidos durante la Guerra Civil. El duque de Alba narra en una carta enviada a Jordana el 9 de junio de 1939 una conversación mantenida con Halifax en la que este le preguntaba de qué forma podría el gobierno británico hacer olvidar a los españoles su actitud hostil durante la guerra civil. La respuesta de Jordana ilustra la peculiar situación en que se encontraba España en estos momentos:

“Nos hacen todos el amor y hay que coquetear por una temporada, pero no nos conviene entregarnos a nadie, ni aún a buen precio, ni disgustar tampoco a todos nuestros seductores en forma que nos cierre el camino para inclinarnos en el

¹⁰ Moradiellos, E. (1996). Una misión casi imposible: La embajada de Pablo de Azcárate en Londres durante la Guerra Civil (1936-1939). *Historia contemporánea*, (15), p.144.

momento oportuno del lado que nos convenga o malogre cualquier negocio de los muchos que tenemos entre manos y pendientes de la voluntad ajena”.¹¹

Esta situación de cómoda ambivalencia no duró mucho. El estallido de la guerra y los cambios en el Ministerio exigieron pronto pronunciamientos más claros por parte del gobierno español, que tratando de no enemistarse demasiado con ninguna de las partes tuvo que hacer encaje de bolillos, como puede apreciarse al leer las justificaciones oficiales sobre la postura de “no beligerancia”. La misión del duque de Alba cobró aún más importancia tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La política británica hacia el Régimen de Franco cambio mucho a lo largo de la guerra, variando tanto el tono como el fondo de los mensajes que se transmitían a las autoridades españolas según las necesidades británicas en cada momento.

Tras el espectacular avance alemán y la entrada de Italia en el conflicto, Alba escribía a Beigbeder alertándole de la frágil situación de los aliados:

“En las últimas semanas ha aumentado sensiblemente la posibilidad de una victoria alemana y vemos desvanecidas algunas ilusiones consideradas por los Aliados como axiomáticas: la inviolabilidad del suelo francés y la tan preparada ayuda francesa a los Países Bajos”.¹²

El mismo día de la invasión de Bélgica, Luxemburgo y Países Bajos (10 de mayo), Churchill fue nombrado Primer Ministro en sustitución de Neville Chamberlain, máximo exponente de la política de apaciguamiento (Lukacs, 2001). Alba fue especialmente hábil en las semanas anteriores a este cambio, alertando al ministro Beigbeder de la probabilidad de que Churchill asumiera un papel protagonista en el conflicto. Por ello, se aseguró de frecuentar su compañía con el objetivo de conocer su posición respecto a España. En las semanas previas al nombramiento de Churchill como Primer Ministro, Alba organizó una comida en su honor en la que trataron la cuestión española, en la que le reprochó que el gobierno británico no hubiese declarado también la guerra a Rusia. Churchill señaló que ni siquiera el Imperio Británico podía luchar con todos sus enemigos al mismo tiempo, y sacó a relucir la política comercial favorable a España por parte del gobierno británico (García Hernán, 2023).

¹¹ Buñuel, L. A. (1985). “La embajada del duque de Alba en Londres”. *Historia 16 (108)*, 11-24, p.13.

¹² Sáenz-Francés, E. (2009). *Entre la Antorcha y la Esvástica: Franco en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Actas, p.57.

Ante el contexto tan favorable al Eje, España cambió su posición de neutralidad a la “no beligerancia”, y se vio en situación de ocupar Tánger. Si bien esta zona era uno de los principales intereses británicos en el norte de África, el gobierno de Franco estimó que la ocupación no le reportaría graves desventajas. Teniendo en cuenta la situación de derrumbe en la que se encontraba el ejército francés, y el consiguiente aislamiento británico en su oposición al eje era evidente que España no encontraría resistencia. La ocupación de Tánger era el primer paso para una posterior ocupación del Marruecos francés, una de las ambiciones más antiguas del estamento militar en español. Cabe pensar que ese hubiese sido el papel desempeñado por España en la guerra de no ser porque las autoridades francesas en la zona aceptaron la autoridad de Vichy, perdiendo así España su oportunidad de continuar con su expansión (Seoane, 1994).

Una vez consumada la ocupación de Tánger, Franco comenzó a considerar la intervención en la guerra del lado del Eje. El 16 de mayo el Jefe del Alto Estado Mayor viajó a Berlín para exponer las exigencias de España para entrar en la guerra, que en su mayor parte pasaban por amplios territorios del Marruecos francés. Si bien en este momento los alemanes declinaron la oferta por considerar desmedidas las exigencias españolas, más tarde Hitler consideraría los términos de la intervención española, fundamentalmente en relación con una posible ocupación de Gibraltar (Kershaw, 2019).

Tal y como se ha señalado en el capítulo anterior, la postura de Beigbeder fue escorándose cada vez más en favor de los aliados, lo cual concordaba con la postura sostenida por Alba. Si bien tras la sustitución de Jordana y el nombramiento de Beigbeder, Alba se vio marginado de la toma de decisiones, la evolución del ministro hacia una postura claramente aliadófila les permitió acercar posturas. Sin embargo, la influencia de Alba en el Palacio de Santa Cruz se vería seriamente dañada al cesar Beigbeder en su cargo y ser nombrado Serrano Suñer, de postura abiertamente germanófila.

Nada más llegar al cargo, Serrano comenzó a solicitar ciertos datos a la Embajada en Londres, que distaban de la información que suele remitirse al Ministerio desde el extranjero. Entre otras cosas el ministro solicitaba información sobre el efecto que los bombardeos alemanes estaban teniendo en Londres, requiriendo informes detallados sobre los objetivos alcanzados y los daños infligidos. Estos informes eran enviados a los alemanes, lo cual llevó al duque de Alba a elevar una queja al ministro. No solo se compartía con el Eje esta información, sino también otros datos relevantes recogidos por el personal diplomático. Tras leer en la prensa italiana

información tratada en una reunión con Serrano, Alba manifestó que en caso de que las filtraciones prosiguieran perdería la confianza de sus contactos británicos (Avilés, 1996).

Esta situación es solo uno de los muchos ejemplos de las dificultades a que tuvo que hacer frente Alba bajo el mandato de Serrano. Además de ver difundida públicamente información reservada, Alba se vio apartado del flujo de información del Ministerio, lo cual le llevó a elevar otra queja al ministro en la que denunciaba “estar viviendo en las tinieblas” (Buñuel, 1985)

El talante aliadófilo de Alba no solo generaría malestar en Santa Cruz, sino que también sería denunciado por Alemania. En septiembre tuvo lugar el viaje a Berlín de Serrano Suñer, en el que se entrevistó con Ribbentrop. En esta reunión el ministro alemán transmitió a Serrano, entre otras cuestiones, una visión muy negativa del duque de Alba, a quien consideraba como un abierto defensor de la causa aliada. Según los documentos alemanes en los que se recogen las conclusiones de esta reunión, Serrano coincidió con Ribbentrop en que los informes enviados por Alba desde Londres no eran fiables. Ribbentrop fue aún más lejos en sus acusaciones, recriminando la actitud de Alba en el Comité de no Intervención durante la Guerra Civil, que trató de expulsar a los alemanes de España. Pese a coincidir con estos postulados, Serrano señaló que España no podía reemplazarle, a pesar de que tanto Alba como otros destacados diplomáticos eran quienes mantenían abierta la puerta a una restauración monárquica (García Hernán, 2023).

La respuesta británica al cambio de la postura española a la “no beligerancia” puede entenderse con el conocido símil del “palo y la zanahoria”. Mientras que, por un lado, Churchill comenzó a prestar más atención y deferencia al embajador español, manifestando su deseo de entablar amistad con el gobierno español, por el otro se daba mayor libertad de movimientos a los refugiados republicanos en Inglaterra. Con esto se pretendía dar a entender al gobierno español las dificultades que enfrentarían en caso de que Londres prestara cualquier tipo de ayuda a un gobierno en el exilio. Las autoridades españolas llegaron a contratar a un policía de *Scotland Yard* retirado para que siguiese las actividades de los republicanos residentes en Londres, como Negrín, Casares Quiroga o Casado (Buñuel, 1985).

En junio de 1942 británicos y americanos comenzaron a preparar una operación con el objeto de abrir un segundo frente militar. Ante la dificultad de realizar con éxito una intervención en el sur del continente europeo sin controlar el mediterráneo, se optó por centrar la acción militar

en el norte de África. La operación se denominó *Torch*, y la persona al mando del operativo sería el general Eisenhower (Liddell Hart, 1970).

Al poco tiempo de comenzar los preparativos se hizo evidente que el éxito de la operación pasaba por el mantenimiento de la neutralidad de España y la falta de resistencia de las tropas coloniales francesas. En respuesta a una posible entrada de España en el conflicto, o a una invasión alemana de la península, los aliados pusieron en marcha el plan *Backbone*.

Esta operación planteaba dos escenarios posibles una vez que los aliados hubiesen desembarcado en el norte de África. En primer lugar, podría ocurrir que España interviniese en el conflicto desde sus asentamientos en Marruecos y que permitiese el paso a las tropas alemanas a través de la península. Por otro lado, no se descartaba una posible invasión de Alemania de la península, con el objeto de tomar Gibraltar y hacerse con el control del Estrecho, que tenía un valor estratégico incalculable. Los planes aliados en caso de que alguno de estos supuestos tuviese lugar pasaban por la toma de Tánger y Tetuán y la ocupación simultánea de Ceuta y Melilla (Marquina, 2014).

Ahora bien, debe tenerse en cuenta que la operación *Backbone* era considerada como el último recurso, exclusivamente en caso de que España interviniese de alguna forma en el conflicto. El objetivo primordial sería evitar este escenario, iniciándose así una ofensiva diplomática con el objeto de mejorar las relaciones con España y contrarrestar cualquier incentivo que el gobierno de Franco pudiese considerar en el caso de apoyar a los alemanes.

En sus diarios Jordana da cuenta de la inquietud de los aliados ante la reacción que la invasión del norte de África provocaría en España.

“El sábado a la una de la noche, me llamó por teléfono el Embajador de los EE.UU., con toda urgencia, pidiéndome verme lo antes posible (...). Al fin lo recibí y traía un mensaje de Roosevelt para el Generalísimo, que logré conocer. En dicho mensaje le comunicaba la decisión de EE.UU. e Inglaterra de atacar a Francia en sus posesiones de África y Marruecos”.¹³

¹³ Gómez-Jordana, F. (2002). *Milicia y diplomacia: Diarios del Conde de Jordana, 1936-1944*. Burgos: Editorial Dosssoles, p.184.

Resulta llamativo que el modo en que los aliados trataron de evitar la intervención española fuese con un mensaje entregado durante la madrugada, si bien es cierto que la necesidad de mantener la operación en absoluto secreto quizá no permitió otra forma de proceder. En cualquier caso, las suspicacias aliadas respecto a la intervención de España en el conflicto se mostraron exageradas. Así puede deducirse de las anotaciones de Jordana en su diario, en los que se declara preocupado por la inestable situación internacional, “sobre todo por ser una incógnita aún los propósitos de Alemania e Italia con respecto a nosotros”. Queda claro por tanto que el Gobierno de España carecía de cualquier tipo de iniciativa de intervención *motu proprio*, y que la preocupación residía, más que en los avances aliados cerca del Marruecos español, en la posible reacción del Eje.

Pese a las reticencias de los aliados sobre un posible contraataque de Alemania desde la península, los archivos del Eje muestran que Hitler no contemplaba esta acción en los meses previos a la operación. Los alemanes ya tenían experiencia de las evasivas de Franco para tomar parte en cualquier acción decisiva en su favor, lo cual debió disuadirles incluso de plantear diplomáticamente la colaboración de España. El gobierno de Franco conseguía además unas relaciones comerciales más intensas con los Estados Unidos, así como acceso al petróleo del Caribe, fundamental dada la escasez que padecía España (Liddell Hart, 1970).

El éxito de la operación aliada en el norte de África evidenció la crítica situación del Eje. En este contexto el gobierno español llevó a cabo una ofensiva diplomática con el objeto de actuar como mediadora entre los bandos enfrenados. A día de hoy resulta verdaderamente llamativa la ingenuidad de Franco. Si bien el plan pudo estar en parte motivado por la idea de que España transmitiese una postura verdaderamente neutral, resulta asombroso que el gobierno español creyera que tanto los aliados como el Eje podrían tomar en serio el plan de paz español.

Inicialmente el duque de Alba no tuvo un papel protagonista en la propuesta de paz enviada por España, dado que durante los primeros meses de 1943 tuvo que ausentarse de Londres y se dirigió a Suiza. Si bien algunos autores sostienen que este viaje se debió a motivos de salud (Sáenz-Francés, 2009), la biografía del Duque de García Hernán (2023) permite alumbrar otras hipótesis. Durante los primeros meses de 1943 el movimiento monárquico español, aprovechando el aniversario de la muerte de Alfonso XIII, reactivó las maniobras para la proclamación de Don Juan como rey. Apunta García Hernán, que en este contexto Don Juan mandó llamar a varios colaboradores a Suiza, donde ya se encontraba Alba, lo cual permite inferir que la presencia del Duque en el país no tuvo nada de coincidencia. Sus movimientos

posteriores para lograr el restablecimiento de la monarquía prueban que durante estas fechas Alba sostenía, tanto en público como en privado, que la principal baza de España para lograr un lugar destacado en la Europa de posguerra pasaba por la vuelta de Don Juan. En cualquier caso, durante los meses en que Alba estuvo ausente se envió a Londres a un diplomático de prestigio, José María Ruiz de Arana, vizconde de Mamblas, defensor de la neutralidad de España que había entrado reiteradamente en conflicto con Serrano Suñer por la postura germanófila mantenida por España.

Jordana planteó la oferta de una paz moderada por España en un discurso pronunciado ante el Consejo de la Hispanidad, en el que sostenía que el gobierno español tenía “la elevadísima tarea de facilitar el restablecimiento de la paz sobre la tierra, basada en la justicia y en la fraternidad de los hombres y los pueblos”. (Sáenz Francés, 2009, p.754). Las reacciones no se hicieron esperar, y fueron negativas tanto por la parte americana como por la británica. El embajador americano estimó que se trataba de una oferta inspirada por Alemania, mientras que el Foreign Office constató esta medida respondía a necesidades estrictamente españolas, por lo que era probable que el gobierno español incidiese en su empeño.

Paralelamente a las ofrendas de paz españolas, Franco pronunció un discurso en Huelva en el que defendía el régimen político español y clamaba contra el comunismo y los sistemas liberales. Resulta llamativa la falta de don de la oportunidad del Generalísimo, que mientras se ofrecía como mediador denostaba al bando aliado. Quizá este discurso deba entenderse en clave de política interior, pero las reacciones exteriores fueron claras. En una carta a Jordana, Alba advertía de las reacciones negativas que las palabras de Franco habían tenido tanto en el Parlamento como en la prensa británicos (Saenz-Francés, 2009).

Pocos meses después quedó claro que la oferta de mediación española no era un planteamiento realista, por lo que el gobierno de Franco trató de reformular su política exterior y lograr un acercamiento al Gran Bretaña bajo el pretexto de frenar el peligro comunista en Europa. En 1944 Franco envía una carta a Churchill, con el objeto de mejorar las relaciones entre ambos países. Debe tenerse en cuenta que a medida que los aliados fueron reconquistando Europa, la actitud hacia España era cada vez más hostil. Los primeros años del conflicto, y en especial la operación *Torch*, exigieron a los británicos y a los americanos dirigirse a España de la forma más amistosa posible, con el fin de evitar su participación en la guerra. Es posible que este idilio simulado nublase la visión de Franco, que veía posible una postura benévola hacia de los

aliados hacia España. La respuesta de Churchill a Franco revela hasta qué punto los británicos habían dejado de considerar necesaria la amistad del gobierno español.

A lo largo de la carta el Primer Ministro británico hace cuenta de los muchos apoyos que España había prestado a Alemania durante la guerra. Sin embargo, Churchill no limitó su reprimenda a cuestiones de esta índole, sino que criticó la preponderancia que Falange tenía en la estructura del Estado español, señalando que “la misma Falange ha mantenido estrechas relaciones con el partido dictatorial nazi de Alemania y con el partido fascista italiano”. La misiva concluye afirmando categóricamente que no había probabilidad alguna de que España fuera a formar parte de las negociaciones de paz del lado vencedor, ni tampoco de ser incluida en la organización mundial venidera (Ansón, 1994).

Con el paso de los meses y el progresivo distanciamiento diplomático con las naciones aliadas iba quedando claro que España no tenía oportunidades de integrarse el nuevo orden mundial mientras perviviese el régimen franquista. En este contexto el duque de Alba consideró pertinente recomendar reiteradamente la necesidad de cambios en el régimen político español con el objeto de acomodarse a los valores políticos de los aliados. Alba proponía la supresión de los aspectos más autoritarios del régimen, así como una progresiva transformación hasta llegar al restablecimiento de la monarquía. En abril de 1943, Alba, junto a otros procuradores en cortes, firmaba el conocido como “Manifiesto de los Veintisiete”, en el que solicitaban abiertamente el restablecimiento de la monarquía (Avilés, 1996).

Durante los meses siguientes la labor del duque de Alba puede considerarse reprochable en términos estrictamente diplomáticos. Si bien moral o ideológicamente es sencillo concordar con las tesis sostenidas por Alba, su comportamiento no encaja en el cometido de un diplomático, si entendemos que su labor era ejecutar la política establecida por su gobierno. Era de sobra conocida por todos la convicción monárquica del duque de Alba, pero en los últimos años de la guerra manifestaba abiertamente ante sus interlocutores, incluyendo al Rey Jorge VI, su esperanza y su deseo en una pronta restauración de la monarquía en España. Es cierto que durante los primeros años de dictadura Franco se mostró especialmente ambivalente respecto a esta cuestión, tratando de retrasar lo máximo posible una acción clara, pero la actitud de Alba en este periodo es evidente que no parte de una mala interpretación de los deseos del Generalísimo, sino de sus convicciones personales.

El 19 de marzo de 1945 Don Juan publicó el Manifiesto de Lausana, en el que requería a Franco que abandonase la concepción totalitaria del Estado y permitiese el restablecimiento de la Monarquía. El texto está plagado de críticas al sistema político diseñado por Franco y Don Juan se basa en la coyuntura política internacional, favorable a los Aliados, para defender la conveniencia de un cambio de régimen en España. Si bien Don Juan señala explícitamente que no era un llamado a la rebelión, interpelaba a quienes servían al Régimen para que no prolongasen más la angustiosa situación, solicitando así su dimisión (Ansón, 1994).

Tras este llamamiento por parte de Don Juan, Alba dimitió de su cargo como embajador el 3 de abril, si bien su cese no se hizo efectivo hasta el mes de octubre, debido a la coyuntura política británica. En esos meses tuvieron lugar el final de la guerra, elecciones en Reino Unido y la Conferencia de Potsdam, lo cual no hacía conveniente un cambio al frente de la Embajada. En una carta fechada el 19 de octubre en la que relataba a un colaborador su último día en el cargo expresó:

“Por la tarde reuní a todo el personal de la embajada en Belgrave Square, y me despedí de ellos (...) Luego marché al Claridge’s y al llegar tuve una deliciosa sensación de deber cumplido y conciencia tranquila. ¡No siempre es amargo el cumplimiento del deber!”¹⁴

3. LA EXCLUSIÓN DE ESPAÑA DEL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

Una vez estudiada la política exterior desarrollada desde el Palacio de Santa Cruz, así como la ejecución de la misma llevada a cabo por el duque de Alba en Londres, procede referirnos el último término a las relaciones entre España y Reino Unido durante el final del conflicto y la inmediata posguerra. Tal y como se ha señalado con anterioridad, a medida que el contexto militar fue mejorando para el bando aliado, la actitud a España fue haciéndose más hostil y exigente. Si bien durante las fases más delicadas del conflicto los aliados optaron por mantener una actitud prudente hacia España, con el fin de evitar su entrada en el conflicto, las sucesivas victorias militares provocaron el endurecimiento de las posturas frente al régimen español.

En cualquier caso, los aliados no consideraron en ningún momento una intervención directa en España con el objeto de forzar un cambio de régimen. Churchill se pronunció en este sentido

¹⁴ García Hernán, E. (2023). *Jacobo: El duque de Alba en la España de su tiempo*. Ediciones Cátedra, Madrid, p.453.

en numerosas ocasiones, señalando sin ambages que el Reino Unido no tenía interés alguno en intervenir en asuntos internos de países que no habían intervenido en el conflicto. Ante las críticas por un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes el 24 de mayo de 1944, en la que reiteraba este compromiso, Churchill escribió una carta al presidente Roosevelt en la que justificaba sus declaraciones. Este mensaje muestra con claridad las razones que llevaron a Primer Ministro a descartar cualquier tipo de acción hostil contra España. Pese a que en estos momentos los aliados combatían unidos para acabar con la Alemania Nazi, Churchill dejó entrever la difícil situación en que iba a quedar la Europa de posguerra, no solo por el peligro comunista, sino también por la incertidumbre del régimen que habría de instaurarse en Francia.

“Sólo mencioné el nombre de Franco para mostrar cuán estúpido era identificar a España con él o a él con España mediante caricaturas. No me preocupa Franco, pero no quiero tener una Península Ibérica hostil a los británicos después de la guerra. No sé como podríamos depender de una Francia gaullista. Alemania tendrá que ser controlada por medio de la fuerza. Y tenemos una alianza con Rusia de veinte años. Debe recordar que ésta es la situación que veremos próximamente.

Aquí no podemos aceptar la posibilidad de atacar a países que no nos hayan molestado porque nos disguste su forma totalitaria de gobierno. No sé si hay más libertad en la Rusia de Stalin que en la España de Franco. No tengo intención de buscar una pelea con ninguno de ellos.”¹⁵

El discurso del Primer Ministro británico fue acogido con agrado en España. Jordana lo califica en sus diarios como un éxito, y en una rara muestra de pesadumbre se queja de la falta de reconocimiento de su trabajo por parte de Franco (Gómez Jordana, 2002).

En el verano de 1944 el ministro Jordana falleció en San Sebastián a consecuencia de un accidente de caza que había tenido lugar unos días antes. El gobierno español perdía así una figura de inestimable valor en uno de los momentos más delicados del conflicto. Tal y como se ha señalado reiteradamente, en estos momentos cualquier adulación o permisividad hacia el gobierno español había desaparecido, lo cual hacía más necesario que nunca que un hombre

¹⁵ Moradiellos, E. (2005). *Franco frente a Churchill: España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*. Península, p.364.

como Jordana, que todos sus homólogos reconocían como neutralista, dirigiera la política española dirigida a encontrar su lugar en el mundo de posguerra.

Resulta verdaderamente llamativa la falta de atención que este suceso recibió en España, así como la actitud de Franco. Los días siguientes al suceso el Generalísimo siguió con su agenda habitual, y ni siquiera acudió al funeral de Jordana. Tampoco podemos encontrar excesivas manifestaciones de reconocimiento por la labor que este había desempeñado en unos momentos realmente críticos para el Régimen. Esto contrasta con las reacciones que el inesperado fallecimiento produjo en los representantes diplomáticos acreditados en España. Si bien inicialmente tanto el embajador americano como el británico habían dudado de la capacidad de Jordana para hacer valer sus posiciones en el Consejo de Ministros, con el tiempo habían llegado a admirar la capacidad de trabajo y la eficaz lucha contra los estamentos más reaccionarios del aparato que éste había llevado a cabo. En sus memorias Hoare se refiere a Jordana como “un verdadero amigo”, con el que había podido contar en los momentos más críticos de su misión como embajador en España (Templewood, 1946, p.270). Hoare deja constancia de las dificultades que encontró Jordana para llevar a cabo una política neutralista, y declara que pese a las dificultades logró revertir la deriva pro-eje del gobierno impulsada por Serrano.

El nombramiento de José Félix de Lequerica como nuevo ministro fue acogido con sorpresa en las cancillerías aliadas. Si bien contaba con un pasado monárquico conservador, en los años de la guerra se había convertido en un ferviente partidario de la dictadura unipersonal de Franco. Hombre culto y profundo conocedor de Francia e Inglaterra, no comulgaba con los sectores falangistas del gobierno, pero ya sea por oportunismo o por sincera convicción, destacó toda su carrera por el tono adulator en que se dirigía al Caudillo (Tusell, 1994). En el contexto del momento, con los aliados avanzando hacia Alemania, quizá lo esperado hubiese sido nombrar un ministro con un perfil similar al de Jordana, que realzase la imagen conservadora y no revolucionaria del Régimen español. Sin embargo, Franco optó por Lequerica, que despertaba recelos entre los aliados por su estrecha relación con la Francia colaboracionista mientras fue embajador en Vichy (Templewood, 1946).

Pese a la reticencia que produjo el nombramiento de Lequerica en el extranjero, durante su tiempo al frente del Ministerio de Exteriores no alteró en exceso la política implementada por Jordana. A diferencia de Serrano, que adecuó la política del gobierno a su ideología y sus convicciones personales, Lequerica se mostró como un diplomático, en el sentido de que no

tenía problemas en adoptar una u otra postura si los acontecimientos lo exigían. Nada más tomar posesión declaró que uno de sus objetivos principales sería el fortalecimiento de las relaciones atlánticas, lo cual, además de cierta ingenuidad respecto a las posibilidades españolas, mostraba que no tendría problemas en adaptar la política exterior a la realidad del momento (Tusell, 1995).

Pese a los intentos del gobierno español de tomar parte en la organización del mundo de posguerra, negando que España hubiese apoyado al Eje durante el conflicto, la situación internacional fue empeorando progresivamente. En abril de 1945 comenzó una cumbre en San Francisco en la que participaron más de cincuenta países, y que daría como resultado la creación de la Organización de las Naciones Unidas. A la hora de debatir sobre las exigencias que habría que cumplir para integrarse en la nueva organización, el delegado del gobierno mexicano, Luis Quintanilla, propuso que quedasen excluidos de la ONU “aquellos Estados cuyos regímenes han sido establecidos con la ayuda de fuerzas militares pertenecientes a los países que han hecho la guerra contra las Naciones Unidas, mientras que tales regímenes estén en el poder” (Sola, 2009). El gobierno mexicano había defendido al gobierno republicano durante la Guerra Civil, y tras la victoria del bando nacional, había recibido a números exiliados republicanos. Tras esta propuesta del gobierno de México se acordaría la exclusión de los regímenes que habían apoyado al Eje mientras no cambiara su forma de gobierno.

El aislamiento de España en el mundo de posguerra quedaría patente en la Conferencia de Potsdam. En los meses de julio y agosto de 1945 los líderes de las naciones vencedoras (Winston Churchill, Harry Truman y Iosif Stalin) se reunieron en Potsdam para sentar las bases del nuevo orden mundial y determinar los principios que habrían de regir el mundo de posguerra. En lo referente a la situación española, se decidió excluir a España del concierto de países vencedores que integrarían las Naciones Unidas, y emitieron el siguiente comunicado:

“Los tres Gobiernos se sienten obligados a especificar que, por su parte, no apoyarán solicitud alguna que el Gobierno español pueda presentar para ser miembro de las Naciones Unidas, por haber sido establecido dicho Gobierno con la ayuda de las potencias del Eje y porque en razón a su origen, naturaleza,

historia e íntima asociación con los Estados agresores, no reúne las condiciones necesarias para justificar su admisión.”¹⁶

El golpe más duro para el régimen franquista llegaría en diciembre de 1946, al promulgarse la Resolución 39 (I) de las Naciones Unidas, en la que se recomendaba la retirada de los embajadores de España y el boicot al régimen de Franco. El texto de la resolución condenaba duramente al gobierno español, al disponer que “el Gobierno fascista de Franco en España fue impuesto al pueblo español por la fuerza con la ayuda de las potencias del Eje y a las cuales dio ayuda material durante la guerra”. Se negaba de esta forma que el gobierno fuese el legítimo representante del pueblo español y se le condenaba así al ostracismo internacional.

La exclusión de España del nuevo orden internacional sería el momento de máxima fragilidad del régimen, pero la pronta configuración del *Telón de acero* y la necesidad de contener la amenaza comunista pronto conducirían a la inclusión de España en las Naciones Unidas y la normalización de las relaciones con el Régimen. A la hora de calificar los efectos que tuvo el aislamiento a España, y considerar si esta actitud fue propicia para lograr el restablecimiento de un régimen no autoritario, es ilustrativo recordar estas palabras que Winston Churchill escribió a Salvador de Madariaga.

“Yo creo que Franco ya hubiese desaparecido de no ser porque países extranjeros han identificado intencionadamente a España con él. Estoy seguro de que es un error castigar e insultar a naciones enteras. España tiene tanto derecho a ser representada en la Organización de las Naciones Unidas como lo tienen Rusia o Polonia; y la gente más civilizada hubiese encontrado más fácil vivir en España que en cualquiera de los otros dos países totalitarios. Yo no tengo intención de vivir en ninguno de ellos.”¹⁷

Es posible que la condena al régimen español en su conjunto provocase un cierre de filas en torno al General Franco que le ayudase asentarse en el poder. Si bien es cierto que durante los años del aislamiento la oposición monárquica encontró una renovada legitimidad en sus

¹⁶ Bassols, R. (2005). España y Europa durante el franquismo. *Historia contemporánea*, (30), p.116.

¹⁷ Bassols, R. (2005). “España y Europa durante el franquismo”, *Historia contemporánea*, (30), p.118.

intentos de lograr la Restauración, no deben menospreciarse los efectos que el aislamiento de España pudo tener en la configuración de un régimen dictatorial y autárquico.

CONCLUSIONES

El análisis de la política exterior española durante el periodo comprendido entre 1938 y 1945 permite extraer una serie de conclusiones sobre la forma en que la dinámica interna del régimen franquista condicionó sus relaciones con otros Estados, especialmente con Reino Unido. En contraste con la visión de una política exterior española meramente reactiva al devenir de los acontecimientos, o con la postura que sostiene que Franco siguió una estrategia coherente y sostenida en el tiempo, lo que pone de manifiesto el presente estudio es que la diplomacia del primer franquismo estuvo profundamente determinada por las luchas intestinas entre las distintas familias del régimen. La personalidad de los principales dirigentes, los antitéticos proyectos políticos de los distintos sectores del gobierno y la necesidad de Franco de mantener un equilibrio interno que garantizara su permanencia en el poder fueron los principales factores que determinaron la política exterior.

En primer lugar, se ha evidenciado la forma en que la ideología de cada uno de los sucesivos ministros afectó a la política diseñada desde el Palacio de Santa Cruz. Mientras que Jordana representaba la línea moderada, conservadora y favorable a la neutralidad, Serrano trató decididamente de aproximarse al Eje, no solo por motivos de oportunidad estratégica, sino por afinidad ideológica con el fascismo europeo. A lo largo de este trabajo se ha dado muestra de la rivalidad personal y política entre ellos, y se ha puesto de manifiesto que política del gobierno español en cada momento respondió a la situación de las distintas familias del Régimen. Jordana califica en sus diarios los cambios de gobierno de 1939 como una victoria de Serrano, lo cuál evidencia la lucha ideológica y personal que en esos momentos estaba teniendo lugar en las altas esferas del aparato político franquista.

La posición del gobierno de España en el conflicto mundial no solo se vio condicionada por las luchas ideológicas, sino también por la situación personal de sus miembros. Beigbeder trató de ganar influencia apoyándose en el Reino Unido, con el objetivo último de frenar el poder creciente de Falange dentro del aparato del Estado y de asegurar su propia permanencia en el gobierno. En su caso se aprecia una clara evolución desde posturas falangistas hasta una postura favorable a los aliados, no tanto por convicciones personales sino por el acoso que estaba sufriendo por parte de Serrano y del resto de dirigentes favorables al Eje.

En este contexto resulta notable la habilidad de Franco para mantener una posición ambigua, sin comprometerse plenamente con ninguno de los sectores en conflicto. Esta ambivalencia, que algunos han interpretado como cobardía o simple oportunismo, debe entenderse como una estrategia deliberada de supervivencia en un contexto internacional sumamente incierto. Desde la instauración del Régimen la principal preocupación de Franco no fue tanto la construcción de un proyecto ideológico definido, sino la consolidación de su autoridad personal. La victoria en la Guerra Civil no trajo consigo la unidad doctrinal del movimiento, sino que dio lugar a un entramado político en el que convivían movimientos políticos muy distintos. Lejos de resolver esta diversidad de forma taxativa, mediante la imposición de un corpus doctrinal único, Franco optó por adoptar una postura ambigua que le permitiese actuar como moderador entre los distintos sectores del Régimen, convirtiendo así su figura en el único punto de cohesión del mismo. Por ello, durante este periodo no se implementó una política exterior coherente en términos ideológicos, sino una política de equilibrio interno proyectada hacia el exterior.

La labor del duque de Alba como embajador en Londres es otro ejemplo del modo en que la política interior condicionó la exterior. Lejos de limitarse a ejecutar las decisiones adoptadas en Madrid, el duque de Alba actuó conforme a su propia visión sobre el papel que España debía adoptar en el conflicto. Representante del conservadurismo monárquico, su labor diplomática se vio profundamente condicionada por la evolución de los acontecimientos bélicos, pero también por su enfrentamiento con el sector falangista del régimen, lo que refleja de nuevo hasta qué punto los elementos internos pesaban incluso sobre las misiones diplomáticas. De forma simultánea a su labor como embajador, el duque de Alba maniobró activamente para lograr una restauración de la monarquía en España.

Las reacciones de las cancillerías extranjeras ante los cambios en el gobierno ilustran la atención que prestaban a la política interna en España, conscientes de la influencia que la victoria de un sector frente a otro podía tener en su postura y, por ende, en el desarrollo de la guerra. Las potencias aliadas interpretaron la vuelta de Jordana al Ministerio como un signo de moderación, lo que prueba que los actores internacionales también supieron leer las dinámicas internas del régimen franquista. Esta capacidad de interpretación por parte de Reino Unido y Estados Unidos fue fundamental para el mantenimiento de la neutralidad española.

En definitiva, ha quedado demostrado que no existió una política exterior homogénea ni coherente durante el periodo estudiado. Las decisiones en materia internacional estuvieron marcadas por los sucesivos cambios en la titularidad del Ministerio de Asuntos Exteriores, que

respondieron no tanto a una evolución estratégica o ideológica, sino a la necesidad de Franco de reequilibrar las tensiones internas de su gobierno. La sucesión de Jordana, Beigbeder, Serrano Suñer y nuevamente Jordana no puede entenderse sin atender a las pugnas entre el sector falangista y el militar conservador. En este contexto, Franco actuó como árbitro entre las distintas corrientes ideológicas del Régimen, con un objetivo claro: su permanencia en el poder. La respuesta a la crisis de Begoña ilustra claramente esta forma de proceder. Las destituciones y reprimendas a los distintos sectores eran siempre equilibradas, de forma que ningún sector considerase oportuno rebelarse contra el jefe del Estado. Esto trajo consigo la adopción de decisiones que, si bien en ocasiones no eran coherentes desde el punto de vista internacional, eran eficaces para su supervivencia política.

BIBLIOGRAFÍA.

Ansón, L.M. (1994). *Don Juan*. Plaza & Janes

Avilés, J. (2012). “La misión del duque de Alba en Londres (1937-1945)”. *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*, 55-80.

Bassols, R. (2005). “España y Europa durante el franquismo”. *Historia contemporánea*, (30).

Buñuel, L. A. (1985). “La embajada del duque de Alba en Londres”. *Historia 16 (108)*, 11-24.

García Hernán, E. (2023). *Jacobo: El duque de Alba en la España de su tiempo*. Ediciones Cátedra, Madrid.

Gómez-Jordana, F. (2002). *Milicia y diplomacia: Diarios del Conde de Jordana, 1936-1944*. Burgos: Editorial Dossoles.

Hernández Barral, J. M. (2019). “*Muy antiguo y muy moderno*”. *El XVII Duque de Alba y los nobles a principios del siglo XX*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Kershaw, I. (2019). *Hitler: la biografía definitiva*. Ediciones Península.

Liddell Hart, B. (1970). *La Segunda Guerra Mundial*. Arzalia Ediciones.

Lukacs, J. (2001). *Cinco días en Londres, mayo de 1940. Churchill solo frente a Hitler*. Madrid: Turner.

Marquina, A. (2014). El atentado de Begoña. *Revista UNISCI*, (36), 123-131.

Marquina, A. (2014). “El Plan Backbone: España, bajo dos amenazas de invasión”, *Revista UNISCI*, (36), 133-140.

Moradiellos, E. (1996). “Una misión casi imposible: La embajada de Pablo de Azcárate en Londres durante la Guerra Civil (1936-1939)”, *Historia contemporánea*, (15).

Moradiellos, E. (2005). *Franco frente a Churchill: España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*. Península.

- Orlandis Rovira, J. (2002). La última gran sociedad europea en el testimonio de Don Jacobo Fitz-James Stuart, Duque de Alba. *Memòries de la Reial Acadèmia Mallorquina d'Estudis Genealògics, Heràldics i Històrics*, (12), 151-158.
- Payne, S. G. (1987). *El régimen de Franco, 1936-1975*. Madrid: Alianza Editorial.
- Preston, P. (1994). *Franco: Caudillo de España*. Barcelona: Grijalbo.
- Rioja, R. D. (2016). “El General Francisco Gómez-Jordana Sousa: Experiencia y tradición en el origen del Estado Nacional (1936-1944)”. *Revista de Historia Militar*, (120), 51-86.
- Sáenz-Francés, E. (2009). *Entre la Antorcha y la Esvástica: Franco en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Actas.
- Seoane, S. S. (1994). “España en Tánger durante la Segunda Guerra Mundial: la consumación de un viejo anhelo”, *Espacio Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, (7).
- Serrano, R. (1977). *Entre el silencio y la propaganda*. Barcelona: Planeta.
- Serrano, R. (1996). “José Antonio Primo de Rivera”, *THEMIS: Revista de Derecho*, (34), 281-290.
- Sola, C. (2009). “A ganar la Guerra Civil española: México contra Franco en la Conferencia de San Francisco de 1945”, *Casa del Tiempo*, 2(24)
- Templewood, S. J. G. H. (1946). *Ambassador on special mission*. London: Collins.
- Tusell, J. (1989). “La etapa Jordana (1942-1944)”, *Espacio, Tiempo y Forma*, 169-189.
- Tusell, J. (1994). “Los cuatro ministros de asuntos exteriores de Franco durante la Segunda Guerra Mundial”, *Espacio Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, (7).
- Tusell, J. (1995). *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial: Entre el Eje y la Neutralidad*. Madrid: Temas de Hoy.